



ALEXANDRA CHRISTO

LA  
CAZA NOCTURNA

# LA CAZA NOCTURNA

ALEXANDRA CHRISTO

minotauro

*La caza nocturna*

Título original: *The Night Hunt*

Copyright © 2023 by Alexandra Christo

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Lluís Delgado Picó, 2024

Adaptación de cubierta: Book&Look

Diseño de cubierta: Meg Sayre

Revisión: Agencia Yerro

ISBN: 978-84-450-1868-2

Depósito legal: B. 13.896-2024

*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



**E**l miedo sabe a miel especiada.

Lo noto denso y dulce en la lengua y, mientras me resbala por la garganta y me llena el estómago vacío, me transmite una calidez peculiar que conozco bien.

—¿Has terminado, Atia? —susurra Sapphir con impaciencia.

Niego con la cabeza y canturreo una tonadilla de marineros que oí una vez cerca de los muelles.

A los marineros les gusta cantar, aunque deberían ser sabedores del tipo de criaturas a las que atraen sus canciones.

—Esa melodía es siniestra a más no poder —protesta Sapphir.

—Eso espero —replico.

Se ríe y los colmillos le centellean a la luz de la luna.

—No me extraña que no tengas más amigas.

—Tengo muchas amigas —la contradigo—. Lo que pasa es que todas están muertas.

Como mis padres y el resto de mis congéneres.

La risotada de Sapphir me resuena en los oídos.

—Eso no me augura nada bueno.

Estiro el brazo hacia el lago que tenemos debajo y mis dedos crean ondas circulares que recorren el agua turbia.

—Tú ya estás muerta, Sapphir —le recuerdo.

Aunque no permanentemente.

Los vampiros gozan de ese lujo.

Suspiro. La luz de la luna nos baña como una cascada y proyecta un resplandor frío sobre la pequeña pasarela de pesca que

domina las aguas del pueblo. Las astillas de la madera están tan húmedas que huelen a podredumbre. A nuestra espalda, un bosque de árboles espinosos púrpuras aguarda como un público expectante y las ramas besan un nuboso cielo invernal que promete nieve en cuanto llegue la mañana.

Es un lugar apacible y desierto, salvo por nuestra presencia.

—¿Y bien? —insiste Sapphir—. ¿Lo matas tú o me ocupo yo?

Bajo la vista hacia el humano que tiembla entre nosotras.

Hoy en día, lo único que me divierte es torturarlos.

Me refiero a los humanos que salen dando tumbos de la única taberna que ofrece este pueblo de Rosegarde o de los que navegan por océanos y mundos en busca de aventuras.

Les arrebato las aventuras, las esperanzas y los consuelos de los que yo nunca gozaré, hasta que solo queda el miedo.

Y el miedo me gusta.

—No he terminado de comer —objeto. El pavor del hombre satura el aire.

Está asustado a pesar de que me ve en mi forma humana.

Los nefas cambiamos de forma a voluntad y, aunque podemos parecer humanos (un don ideal para cazar sin llamar la atención), en nuestra forma auténtica lucimos un cabello tejido de luz de luna y tenemos la piel del tono azul de las lágrimas que bebemos y las orejas inclinadas hacia atrás, dibujando espirales doradas. Las enormes alas que atesoramos están hechas de espinas y zarzas, las surcan venas que recuerdan a las ramas de un árbol y están cubiertas de hojas del bosque.

Cuando volamos, parece que se oigan chillidos.

Como en las pesadillas que robamos cuando el sol duerme.

Sin embargo, en este momento parezco una humana cualquiera. Lo único que me distingue son los ojos, que se me vuelven blancos por efecto de la magia cuando me alimento.

El hombre solloza debajo de mí y sonrío.

Los nefas prosperamos gracias al caos y la ilusión, pero, durante siglos, nos hemos ceñido a las pesadillas. Es más seguro alimentarse entre las sombras.

Es lo que me enseñaron mis padres.

«El miedo es un alimento que podemos tomar fácilmente mientras la presa duerme», repetía mi padre. «No hagas nada que pueda llamar la atención para no arriesgarte a sufrir la ira de los dioses.»

A pesar de todo, yo nunca he deseado vivir confinada en la oscuridad como mis padres. Quiero exhibir mis ilusiones. Crear mundos a partir de los horrores de otras personas es lo único que me permite saber que soy real.

Además, una chica tiene que divertirse de vez en cuando.

—Por favor —suplica el humano, abrumado por visiones de sus temores más profundos.

Arañas que le trepan por las perneras de los pantalones y le descienden por la arruga del cuello.

Paladas de tierra que se le meten en la garganta y lo asfixian mientras lo entierran vivo.

Conjurarlos es como deshojar una flor. Mi mente se conecta a la suya y remueve recuerdos y tamiza sueños hasta que accedo a la raíz de lo que le provoca escalofríos.

Entonces arranco esos horrores de uno en uno y los esparzo por el mundo.

Para él, todo es tan real como la vida misma.

El miedo le tiñe el cabello con mechas canosas.

—Date prisa y vacíalo de una vez —protesta Sapphir con impaciencia—. Yo también quiero mi parte, Atia.

Siempre es un poco avariciosa cuando salimos juntas de caza.

Han pasado tres años desde que, cuando tenía catorce, el hombre que olía a ceniza me dijo: «Corre, corre tan deprisa como puedas», lejos de los gritos de mis padres.

Esos años han transcurrido en muchos pueblos y bosques, pero los dominios de los humanos son pequeños y agobiantes, y apenas cinco reinos elementales se reparten sus tierras. Por ese motivo, mi camino se ha cruzado con el de Sapphir en más de una ocasión.

La primera vez fue lejos de aquí, al otro extremo del Reino de la Tierra, entre las cumbres de las tres montañas. Aquel paraíso, que me pareció un escondite excelente, resultó ser el terreno de caza de excursionistas desprevenidos favorito de Sapphir.

Saltó desde lo alto de las ramas enseñando los colmillos, aterrizó sobre mis hombros, me derribó y caímos rodando por una colina escarpada.

Me golpeé la nariz contra una roca y la sangre me chorreó la blusa como una cascada.

Sapphir me sonrió con desprecio y se lamió los labios.

Entonces percibió mi olor en el aire y frunció la nariz.

—No eres humana —dictaminó como si yo necesitara que me lo recordasen.

—No, y si vuelves a atacarme no vivirás para ver un nuevo día —la amenacé.

Aunque era pequeña, después de presenciar lo ocurrido a mi familia no me quedaba ni un ápice de miedo.

Sapphir sonrió y mostró unos colmillos como dagas de un color blanco puro que le raspaban los labios.

—¿Quieres que comamos juntas, monstruito? —me invitó.

Eso hicimos.

Tropezamos con un grupo de campistas que habían salido a buscar provisiones y nos dimos un festín.

Tras separarnos, siempre nos reencontrábamos en otros pueblos y en nuevos bosques. Es como tener una amiga, salvo que el único motivo por el que Sapphir no ha intentado matarme es que no le serviría lo más mínimo para saciar su hambre, y la única razón por la que yo no he devorado su miedo es que el pavor de un monstruo no sabe igual que el de un humano.

La relación recuerda más a una tregua que a una amistad, pero es importante para mí de todos modos. A veces es agradable tener compañía en las sombras y sufrir a dúo este tormento.

Me recuerda que no tengo que estar sola todo el tiempo.

—Tengo hambre —insiste Sapphir.

En otras ocasiones, como esta noche, sin ir más lejos, no es más que un fastidio.

—Ya lo sé —replico secamente.

Siempre está hambrienta.

A Sapphir le gusta comer humanos, como a todos los vampiros. Y ella no se limita a beber hasta la última gota de su sangre, como cuentan las viejas historias. Ella lo devora todo salvo los huesos.

Incluso los dedos de los pies.

Me estremezco un instante al pensarlo.

No creo que el sabor de un humano sudado al término de la jornada y con mugre debajo de las uñas pueda ser muy agradable. Especialmente el de un humano como este, que apesta a cerveza rancia y a perfume ajeno.

Además, matar es el método infalible para acabar maldito.

Existen reglas que rigen la noche y las criaturas que acechan entre las sombras. Incluso hay reglas que gobiernan las sombras. Los monstruos pueden sembrar el caos entre los humanos y entre sí, y alimentarse del miedo, la tristeza o la sangre.

Ahora bien, matar está prohibido.

Los dioses y sus heraldos promulgaron esa ley siglos atrás, después de la Gran Guerra, cuando el dios de la Eternidad fue asesinado y mis congéneres fueron desterrados a este mundo. Ese es el motivo por el que la mayoría de los vampiros solo sorben un poco de sangre aquí y allá. Así evitan llamar la atención de los dioses.

No es lo que hace Sapphir.

Ella es consciente del precio de quebrantar las reglas y sabe que la magia que nos ata se hace añicos como un cristal, pero no le importa. El resultado es distinto para cada monstruo, pero, en el caso de Sapphir, supone que el aura juvenil que debería conferirle el vampirismo se disipa. Envejece rápidamente, de modo que un día parece una adolescente y al siguiente tiene el aspecto de una mujer con un pie en la tumba.

Sapphir se alimenta más a menudo para compensar el fenómeno y la sangre y los corazones que consume le devuelven la juventud, pero, pasado un tiempo, el acto de matar vuelve a hacerla envejecer todavía más deprisa.

Y entonces vuelve a comer.

Francamente, siempre he pensado que Sapphir es una adicta.

Un día se marchitará hasta un punto sin retorno y su apetito no será lo bastante voraz para aplacar la maldición de los dioses.

Al final, ellos siempre ganan.

—¿Quieres terminar de una vez? —me atosiga.

El cuerpo del hombre se retuerce entre sollozos ahogados.

Tiene tanto miedo que ni siquiera es capaz de gritar.

Le acerco la mano al corazón.

El miedo se vuelve más denso y engullo las últimas gotas de su miel.

—Todo saldrá bien —prometo, y la mentira me altera la voz—. Ya pasó todo.

Me vuelvo hacia Sapphir.

Está agazapada sobre un tablón, a mi lado, en una postura propia de un depredador a punto de atacar. Clava las uñas largas en la madera medio podrida y se contiene tanto como puede.

Desconozco su edad real, pero, ahora mismo, Sapphir aparenta la mía, diecisiete años, y los rizos holgados de la cabellera morena le cuelgan por debajo de los hombros. A pesar de todo, distingo los mechones canos que comienzan a aparecerle y la arruga que le enmarca el rabillo de los ojos. Otro surco le forma un hoyuelo en la barbilla y le atraviesa las mejillas.

Envejece ante mis ojos.

Siento una presión en el pecho.

Si Sapphir muriese, volvería a quedarme totalmente sola.

—Que te diviertas —le digo. Sapphir sonríe y le crecen los colmillos—. Espera un momento. —Levanto la mano, me pongo de pie y me sacudo el polvo del lago de las piernas—. Dame un instante para marcharme. De verdad que no quiero verlo.

—No tardaré mucho —advierde Sapphir.

El hambre le enrojece los ojos y me alejo a toda prisa, sin esperar a lo que sucede a continuación.

Nunca me ha gustado demasiado la sangre. La mayoría de los monstruos disfrutan al verla, pero yo siempre he pensado que arrancar a alguien todas las extremidades una tras otra es un poco extremo.

El caos es mucho más apetecible que la matanza.

Oigo huesos partiéndose a mi espalda y el hombre apenas tiene tiempo de gritar antes de que Sapphir profiera un chillido estridente. El siguiente ruido que oigo es el borboteo de su sangre en la boca de ella.

Sacudo la cabeza y reprimo el impulso de mirar.

Si no se da prisa, los heraldos la sorprenderán, y nada les gustaría más que maldecirla por segunda vez.

Agito un brazo y un portal se materializa ante mí.

—Mejor ella que yo —mascullo en voz baja.

El portal astilla los árboles del bosque, como una rasgadura en el papel de un libro que deja a la vista los renglones de la página siguiente. Emite un brillo azul claro que barre las hojas más cercanas sobre el suelo de tierra y despeja un camino que me permite acercarme a él.

Abrir un portal es tan sencillo como respirar. Basta con una inhalación rápida mientras imagino el lugar al que quiero ir y el suspiro que se me escapa de los labios en un soplo que desvela nuevos mundos.

Mi padre decía que, antaño, los nefas podían saltar de una dimensión a otra, viajar de la tierra de los dioses a la tierra de los humanos, hasta que los expulsaron de Oksenya. Cuando los dioses los arrojaron al mundo de los mortales, sofocaron sus poderes.

Creo que eso fue lo que arrasó a los demás con el paso de los siglos. Lo que destruyó sus almas mucho antes de que los dioses les diesen caza hasta exterminarlos.

Sin embargo, yo nunca viví en Oksenya y esto es cuanto conozco. Dado que soy la única nefas nacida aquí, mis portales solo me han permitido viajar a lugares dentro del dominio de los humanos.

Me dirijo al portal, lista para volver a casa, y justo entonces suena el carillón de viento.

Sapphir gruñe y maldice en voz alta al ver interrumpido su banquete, pero para cuando me doy la vuelta ya se ha escabullido en una arboleda cercana y ha abandonado el cadáver despedazado que ha dejado a su paso.

Es rápida, no voy a negárselo.

El mundo cruje y entrecierro los ojos.

Las sombras junto a los pies del muerto se marchitan mientras las miro. Se repliegan en ellas mismas y luego crecen y surgen del suelo para incorporarse al mundo real.

Se transforman y adoptan una apariencia humana.

Al principio solo veo humo en forma de alas, con unas piernas delgadas y unos brazos larguiruchos que nacen de unas plumas negras. A continuación, un cuerpo toma forma.

Un rostro.

Un muchacho.

Un heraldo de los dioses.

Levita por encima del cadáver y suspira.

«Parece joven», pienso. Sé que no lo es.

El rostro del heraldo es severo y dulce a la vez, con unos altos pómulos redondeados sobre una mandíbula angulosa. Agita los hombros y las alas emplumadas que hace un momento le envolvían el cuerpo se encogen y se transforman en un pequeño pasador de oro que luce sujeto al pecho.

Viste todo de negro, con un chaleco ceñido que le resalta el contorno esbelto y un abrigo colgado de los hombros. Un cabello tan oscuro como la indumentaria le flanquea los ojos finos y rasgados, de un color gris apagado. Aunque su piel parece radiante y viva, es pálido como la luz de las estrellas.

La única nota de color presente en su figura es el reloj de bolsillo que lleva enganchado a los botones del chaleco y que cuelga delicadamente a su lado.

El heraldo inspecciona el cuerpo y se toma unos instantes para evaluarlo.

Entonces se gira hacia mí.

—Monstruo travieso —me espeta.

Como si simplemente le hubiese alargado la jornada.

Debería irme.

Debería darme la vuelta de nuevo hacia el portal, desvanecerme y reaparecer en el pequeño cuarto sobre la taberna al que he llamado hogar durante las últimas semanas. Lo último que necesito es dar una excusa a los dioses para volverse contra mí.

A pesar de todo, me quedo y miro al heraldo con la misma intensidad con la que él me escruta a mí.

—¿Un vampiro? —pregunta, y su voz corta el aire como la hoja de un cuchillo—. No parece obra tuya.

No respondo.

Los heraldos son entrometidos porque serlo forma parte de su trabajo. No solo meten la nariz en los asuntos humanos, sino también en los de los monstruos. No son más que un puñado de mensajeros idiotas que se dedican a repartir decretos y castigos,

o a guiar las almas de los muertos hasta el Después, y se creen todopoderosos porque trabajan directamente para los dioses.

No tengo nada que decirle.

—Matar humanos va contra las reglas, ¿sabes? —murmura el heraldo, más para sus adentros que para hablar conmigo—. Supongo que nunca te han gustado las leyes.

Se arrodilla junto a los restos del hombre y deja de prestarme atención.

—Sal de ahí —ordena en un tono ronco, casi aburrido—. Ya pasó todo.

Frunzo el ceño al escuchar en sus palabras un eco de las mías.

Yo he dicho lo mismo al difunto antes de que se convirtiera en un cadáver.

La luz de su cuerpo vibra en respuesta al heraldo y se concentra formando un orbe en el pecho del difunto. Un resplandor de esperanza y un futuro brillante, muy brillante, perdido para siempre.

El fulgor estalla como fuegos artificiales que cobran forma por medio de explosiones.

El hombre, fantasmal y translúcido, contempla sus restos tendidos en el suelo.

El heraldo se levanta y me mira con unos ojos muertos llenos de curiosidad.

—Deberías escoger tus compañías con más cuidado, nefas —me advierte—. Otro heraldo quizá habría intentado culparte de lo ocurrido y tendrías que hacer frente a la ira de los dioses como los que te precedieron.

No puedo contener la risa.

Sus amenazas son la cosa más divertida que he oído en años.

Lo miro con la cabeza bien alta; la amenaza me resbala sobre la piel como agua de lluvia.

No pienso acobardarme como hicieron mis padres.

—Otro nefas quizá te habría matado por lo que acabas de insinuar.

La sonrisa del heraldo es pausada y cortante.

—No quedan más nefas —me recuerda.

Como si no lo supiera.

Como si no hubiese pasado los últimos tres años sola y los anteriores obligada a esconderme y refugiarme entre las sombras.

—Los dioses no me matarían —lo desafío—. El último miembro de una raza es un tesoro valioso.

El heraldo arquea las cejas como si lo encontrase gracioso. Si no supiera lo estirados que son los de su especie, juraría que está a punto de echarse a reír.

—¿Eso crees? —pregunta. El alma del muerto parpadea a su lado—. ¿Crees que eres valiosa? ¿Crees que los dioses envidiarían a un monstruo?

«Soy lo bastante valiosa para no morir asesinada», pienso.

Al fin y al cabo, ya me dejaron marchar en otra ocasión.

—Que te diviertas guiando a tu alma, pequeño correveidile maldito. —Le doy la espalda y regreso al portal—. Supongo que no será el último recado que te toque hacer hoy.

—Disfruta del tiempo del que dispongas, monstruo travieso —replica—. Supongo que se te acabará pronto.

Lo ignoro. Las palabras de un heraldo no tienen ningún poder sobre mí.

No sé qué piensa este muchacho siniestro, pero se equivoca. Los dioses no se pondrán en mi contra mientras no incumpla ninguna regla.

El portal refulge delante de mí y me atrae. Entro en él sin dudar y sin volver a mirar a los dos muertos que tengo a mi espalda.

Permito que el portal me engulla y se me lleve de esta noche.